

LOS CAÑONES DE NAVARONE

ALISTAIR MACLEAN

LOS CAÑONES DE NAVARONE

Prólogo de Arturo Pérez-Reverte

Ilustración de cubierta


de Augusto Ferrer-Dalmau

Traducción de Mariana Planas



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Guns of Navarone*

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: noviembre de 2024

© del prólogo: Arturo Pérez-Reverte, 2024

© de la ilustración: Augusto Ferrer-Dalmau, 2024

© de la traducción: Mariana Planas, 2024

Originally published in the English Language by Collins, 1957, under the title *The Guns of Navarone*. Previously published in paperback by HarperCollins 1993, 2004, 2019 and by Fontana 1959

© Haper Collins Publishers, 1957

© Alistair MacLean, 1957

© de la presente edición: Edhasa, 2024, traducida bajo licencia de Harper Collins Publishers Ltd. Alistair MacLean asserts the moral right to be acknowledged as the author of this work. Coedición especial entre Zenda y Edhasa (Zenda-Edhasa)

Diputación, 262, 2.º1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

www.zendalibros.com

marketing@zendalibros.com

www.edhasa.es



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-5577-2

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 17631-2024

Impreso en España

LA ISLA PELIGROSA

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Siempre recordaré la primera vez que vi los cañones de Navarone. O, para ser exacto, primero los vi en la pantalla de un cine y luego los viví en las páginas de un libro. Pero desde el principio estuve dentro de esa historia. Yo era uno de ellos, naturalmente. ¿Quién no lo hubiera sido?

Nunca olvidaré aquel acantilado azotado por la marejada y la lluvia, o tal vez no llovía y se trata sólo de mis recuerdos... El caso es que allí estábamos: nosotros abajo y los alemanes —malvados alemanes, como corresponde a las novelas de Alistair MacLean— arriba. No era sólo el peso de la misión lo que nos preocupaba, sino el peso de la montaña misma, que se alzaba imponente como un guardián implacable de nuestro destino. Ese día me hice amigo del capitán Keith Mallory y de los otros, cuando lo que empezaba como una misión de rutina se transformó en una pesadilla que ni en mis sueños más oscuros podría haber imaginado.

Nos habían dicho que la misión era vital: destruir los cañones de Navarone para permitir que la flota aliada se moviera con más libertad por el Mediterráneo. Pero en el fondo sabíamos que el éxito significaba mucho más que

simplemente derribar un par de piezas de artillería: representaba la diferencia entre la victoria y la derrota en una guerra que se estaba decidiendo en cada rincón del mundo.

Desde el momento en que nuestro grupo de comandos pisó suelo griego, supe que estábamos en territorio desconocido, no sólo en términos de geografía, sino en lo que respecta a nuestras limitaciones. La isla era un laberinto de rocas y sombras, trampa mortal en la que cada paso podía ser el último. La escalada —cómo admiré ese día a Mallory— se convirtió en un áspero símbolo de nuestra lucha; no sólo contra el terreno escarpado, también contra nuestros propios miedos y debilidades. Aquel acantilado no nos daba cuartel. Cada metro ascendido era un recordatorio de lo lejos que teníamos que llegar y de lo mucho que íbamos a sacrificar.

A medida que avanzábamos, que penetrábamos en la incertidumbre y el peligro, la escalada física y emocional se tornaba cada vez más dura y desafiante. Las rocas que superar, el terreno por recorrer no eran sólo piedras y tierra, ni tampoco sólo territorio enemigo, sino monumentos a nuestros miedos y desafíos interiores. Cada nuevo obstáculo, y los hubo por docenas, era una prueba a nuestra resistencia y a nuestra capacidad para mantenernos unidos, serenos y eficaces. Letales para el enemigo. La isla de Navarone, con sus cañones terribles y su terreno despiadado, se convirtió en nuestro campo de batalla tanto exterior como interior.

Pero el terreno y los alemanes no eran nuestros únicos adversarios. Eso lo confirmaría más tarde, leyendo —y viendo en las pantallas de cine— otras historias de Alistair MacLean como *Estación polar Zebra*, *El desafío de las águilas* y *La isla del Oso*. La traición y el espionaje se enredaban con cada paso que dábamos. La misión, que debería ha-

bernos unido, a veces parecía separarnos. La desconfianza mutua se hizo evidente; cada hombre a la defensiva, cada decisión cuestionada. La vida en la guerra es un paisaje inseguro, y mucho más en la retaguardia enemiga. Allí nunca sabes quién es realmente tu aliado y quién podría ser un enemigo disfrazado, u oculto. Y, cuando la traición finalmente se reveló en Navarone, comprendí cuán delgada puede ser la línea entre la lealtad y la traición.

Durante aquellos días peligrosos, la violencia fue una constante, un espectro letal que nos acompañaba en cada enfrentamiento con los soldados nazis. El sufrimiento desbordaba nuestras vidas y las de quienes encontrábamos en nuestro camino. La visión de la hermosa Anna, una de las guerrilleras griegas que nos acompañaban, luchando por mantener su dignidad en medio de la brutalidad, fue una de las imágenes más dolorosas que me imprimió en la memoria aquella misión. Su valor y sufrimiento nos recordaban la crueldad del conflicto y la determinación —criminal a veces, pues éramos combatientes y no santos— con la que debíamos afrontarlo. Su silencio y sus cicatrices resultaron más dolorosos, más mortales, que los cañones famosos de aquella isla maldita.

Y al final, cuando logramos cumplir nuestra misión y los cañones fueron destruidos, el alivio, el descanso, la paz, no fueron completos. Sabíamos que habíamos estado a la altura del deber y el desafío, pero también éramos conscientes de las cicatrices que habíamos dejado atrás, tanto físicas como emocionales. La guerra nos había cambiado, y, aunque la victoria era dulce, el precio de conseguirla había sido muy alto.

Así es como recordaré siempre aquellos días: no sólo como una aventura épica, sino como una profunda re-

flexión sobre el sacrificio, la traición y la amistad. En las tierras agrestes de Grecia, en aquella isla de Navarone que nunca existió, aprendí que a veces la mayor batalla se libra dentro de uno mismo, que los compañeros son imprescindibles para la victoria y que la lealtad no siempre depende de lo dura que tengas la piel. Tal vez la verdadera fuerza se encuentre en la voluntad. En la capacidad de seguir adelante incluso cuando el terreno se vuelve escarpado, casi imposible de escalar.

Queridos amigos, estimados lectores, sean bienvenidos a la isla de Navarone.

Para mi madre

INTRODUCCIÓN

Quería escribir una historia de guerra, pero con énfasis en la historia. Sólo un necio pensaría que hay algo noble o espléndido en la guerra moderna, aunque no cabe duda de que proporciona una gran cantidad de material para un escritor, siempre y cuando no intente glorificarla o sacar partido de sus peores aspectos. Creo que la guerra es un territorio perfectamente válido para un narrador. La experiencia personal, supongo, contribuyó, en cierta medida, a la ubicación de este relato. Pasé algunos meses de guerra en Grecia y sus alrededores, así como también en las islas del Egeo, aunque en ningún momento, debo decir, corrí el riesgo de sufrir algo peor que una quemadura solar grave, y mucho menos me encontré expuesto a circunstancias como a las que se enfrentan los personajes del libro.

Pero sí me encontré y oí hablar, tanto en el Egeo como en Egipto, de hombres para quienes el peligro y la constante posibilidad de captura y muerte eran la esencia misma de su existencia: los especialistas altamente entrenados de la Sección de Embarcaciones Especiales (en inglés, Special Boat Service o SBS), de Earl Jellicoe; y los hombres del Grupo del Desierto de Largo Alcance (Long Range

Desert Group o LRDG) que habían dirigido su atención a las islas del Egeo tras la caída de África del Norte. Con frecuencia, estos hombres eran lanzados en paracaídas sobre islas tomadas por el enemigo, o llegaban allí por mar en la tormentosa oscuridad de una noche llena de viento y lluvia. Operaban, a veces durante meses, como espías, saboteadores y funcionarios de enlace con los grupos de resistencia locales. Algunos incluso tenían sus propios barcos, con base en islas alemanas, y operaban por todo el Egeo con un éxito notorio y una inmunidad casi milagrosa a la captura y al hundimiento.

Aquí, evidentemente, había material excelente para una historia, y tenía la ventaja añadida para el escritor de que se situaba en un archipiélago. Tenía lo mejor de ambos mundos, la tierra y el mar, siempre a mano. Sin embargo, el factor determinante en la elección de la ubicación y la trama no fue ni el material ni las propias islas. Eso residía en la complejísima situación política que existía en las islas en aquel momento y en la naturaleza misma de Navarone.

No existe una isla llamada Navarone, pero sí había una o dos islas muy parecidas, dado que estaban en manos alemanas, tenían grandes cañones que dominaban canales importantes, y dichos cañones estaban situados de tal forma que eran casi imposibles de destruir por el enemigo. De nuevo, la situación en las islas del Dodecaneso era peligrosa y sumamente desconcertante, ya que era difícil saber de un mes a otro si el dominio estaba en manos alemanas, griegas, británicas o italianas, lo cual proporcionaba un escenario excelente para una historia. Así que trasladé una isla tipo Navarone del centro del Egeo al Dodecaneso, cerca de la costa de Turquía. Coloqué otra isla, llena de

soldados británicos atrapados y al parecer condenados, justo al norte de ella, y aproveché al máximo lo que había visto y oído, la situación geográfica ficticia que había creado en mi beneficio, y la situación política y militar muy real que existía en el Dodecaneso en ese momento.

Alistair MacLean
Glasgow, 1958

CAPÍTULO I

PRELUDIO: DOMINGO 1:00-9:00 HORAS

El fósforo raspó ruidosamente el metal oxidado del cobertizo de chapa ondulada, prendió y luego estalló en un chisporroteante haz de luz, con un sonido áspero y un brillo repentino que resultaban extraños en la quietud de la noche desértica. Los ojos de Mallory, de manera inconsciente, siguieron el recorrido de la cerilla hasta el cigarrillo que sobresalía bajo el bigote recortado del capitán de grupo, vieron cómo la luz se detenía a escasos centímetros de la cara, observaron la repentina calma de aquel rostro, la mirada vacía y desenfocada de los ojos de un hombre absorto en la escucha. Luego, la cerilla desapareció y se hundió en la arena del perímetro del aeródromo.

—Puedo oírlos —dijo en voz baja el capitán de grupo—. Los oigo venir. Cinco minutos, no más. Esta noche no hay viento. Llegarán por la pista número dos. Vamos, reunámonos con ellos en el cuarto de interrogatorios. —Hizo una pausa, miró a Mallory de manera inquisitiva y pareció sonreír. Pero la oscuridad engañaba, pues no había humor en su voz—. Controla tu impaciencia, jovencito, sólo un poco más. Las cosas no han ido muy bien esta noche. Tendrás

todas las respuestas, y me temo que muy pronto. —Se dio la vuelta con brusquedad y avanzó a grandes pasos hacia los edificios bajos que se vislumbraban vagamente en la pálida oscuridad que coronaba el despejado horizonte.

Mallory se encogió de hombros y lo siguió despacio, avanzando paso a paso junto al tercer miembro del grupo, una figura ancha y fornida con un balanceo muy pronunciado en su andar. Se preguntó con acritud cuánta práctica había necesitado Jensen para lograr aquel estilo marinero. Por supuesto que treinta años en el mar, y eso era lo que Jensen había hecho, eran justificación suficiente para que un hombre bailara la tradicional danza *hornpipe* mientras caminaba, pero ése no era el punto. Como brillante jefe de operaciones del Ejecutivo de Operaciones Secretas (SOE) en El Cairo, la intriga, el engaño, la falsedad y el camuflaje eran el aliento vital del capitán James Jensen, condecorado con la Orden del Servicio Distinguido (DSO) de la Marina Real Británica. Como agitador de los estibadores levantinos, se había ganado el respeto de los trabajadores portuarios desde Alejandreta hasta Alejandría. Como camellero había superado con audacia a todos los competidores beduinos, y ningún mendigo más patético había exhibido llagas tan realistas en los bazares y mercados de Oriente. Sin embargo, esa noche no era más que un marinero fanfarrón y sencillo. Iba vestido de blanco, desde la gorra hasta los zapatos de lona. La luz de las estrellas generaba suaves destellos sobre los flecos dorados de las charreteras y la visera.

Sus pasos crujían al unísono sobre la arena compacta y sonaban más fuerte a medida que avanzaban hacia el concreto de la pista. La apresurada figura del capitán de grupo casi se había perdido de vista. Mallory respiró hondo y se volvió hacia Jensen.

—Disculpe, señor, ¿qué es todo esto? ¿A qué viene tanto revuelo y secreto? ¿Y por qué estoy involucrado? Por el amor de Dios, señor, ayer mismo me sacaron de Creta. Me relevaron con ocho horas de anticipación. Me dijeron que tenía un mes de permiso. ¿Y qué ha pasado?

—Bueno —murmuró Jensen—, ¿qué ha pasado?

—Ningún permiso —repuso Mallory en tono amargo—. Ni siquiera una noche de descanso. Sólo horas y horas en el cuartel general del SOE, respondiendo a un montón de preguntas absurdas y tontas acerca de la escalada en los Alpes del Sur. Luego me arrancaron de la cama a medianoche, me dijeron que debía reunirme con usted, y un escocés loco que cantaba canciones de borracho y hacía cientos de preguntas aún más estúpidas me condujo durante horas a través del maldito desierto.

—Uno de mis camuflajes más eficaces, siempre lo he pensado —sostuvo Jensen de forma engreída—. Personalmente, el viaje me pareció de lo más entretenido.

—Uno de sus camufla... —Mallory se calló, consternado, al recordar las cosas que le había dicho al anciano y bigotudo capitán escocés que conducía el vehículo de mando—. Lo siento mucho, señor. No me di cuenta...

—¡Claro que no! —lo interrumpió Jensen con tono brusco—. Se suponía que no. Sólo quería asegurarme de si era el hombre adecuado para el trabajo. Estoy seguro de que así es. Lo estaba ya antes de retirarlo de Creta. Pero no sé de dónde sacó la idea del permiso. A menudo se ha puesto en duda la cordura del SOE, pero ni siquiera nosotros enviamos un hidroavión con el único propósito de permitir que oficiales subalternos pasen un mes desperdiciando sus recursos entre los placeres de El Cairo —concluyó con frialdad.

—Todavía no sé...

—Paciencia, muchacho, paciencia, como nuestro respetable capitán de grupo acaba de recomendar. El tiempo es infinito. Esperar y seguir esperando... Eso significa ser del este.

—Dormir un total de cuatro horas en tres días no lo es —protestó Mallory—. Y eso es todo lo que he dormi... ¡Aquí vienen!

Los dos entrecerraron los ojos de inmediato cuando el intenso resplandor de las luces de aterrizaje los cegó, hasta que el aparato se adentró en la oscuridad. En menos de un minuto, el primer bombardero había aterrizado de forma brusca y descontrolada, rodando hasta detenerse justo al lado de ellos. La pintura gris de camuflaje del fuselaje trasero y de los planos de cola estaba salpicada de impactos de bala y proyectiles de cañón; un alerón estaba destrozado, y el motor exterior de babor se encontraba fuera de servicio, empaado en aceite. El metacrilato de la cabina se veía agrietado en numerosos sitios.

Durante un largo rato, Jensen miró fijo los agujeros y las marcas de la dañada aeronave; luego sacudió la cabeza y apartó la mirada.

—Cuatro horas de sueño, capitán Mallory —comentó Jensen en voz baja—. Cuatro horas. Empiezo a pensar que debe considerarse muy afortunado por haber dormido tanto.

La sala de interrogatorios, incómoda y sin ventilación, se hallaba intensamente iluminada por dos potentes luces sin pantalla. El mobiliario consistía en algunos mapas y gráficos de pared desgastados, una veintena de sillas igual de deterioradas y una mesa de operaciones sin barnizar. El capitán de grupo, flanqueado por Jensen y Mallory, esta-

ba sentado detrás de la mesa cuando la puerta se abrió del golpe y entró el primer grupo de la tripulación de vuelo, parpadeando sin cesar bajo la intensa luz, a la que no estaban acostumbrados. Los guiaba un piloto, de pelo oscuro y cuerpo robusto, que sostenía un casco y un mono de vuelo en la mano izquierda. Llevaba un sombrero de campaña Anzac aplastado en la nuca y la palabra «Australia» estampada en blanco en las hombreras del caqui. Con el ceño fruncido, sin decir palabra y sin permiso, se sentó frente a ellos, sacó un paquete de cigarrillos y raspó un fósforo sobre la superficie de la mesa.

Mallory miró de reojo al capitán de grupo. Éste parecía resignado; incluso sonaba resignado.

—Caballeros, él es el jefe de escuadrón Torrance. El jefe de escuadrón Torrance —repitió sin necesidad—. Es australiano. —Mallory tuvo la impresión de que el capitán esperaba que esta declaración explicara algunas cosas, incluyendo al jefe de escuadrón Torrance—. Él ha comandado el ataque de esta noche en Navarone. Bill, estos caballeros de aquí, el capitán Jensen de la Marina Real y el capitán Mallory del Grupo de Desierto de Largo Alcance, tienen un interés muy especial en Navarone. ¿Cómo salieron las cosas anoche?

«¡Navarone! Por eso estoy aquí», pensó Mallory. Navarone. La conocía bien; mejor dicho, sabía de ella, igual que todos los que habían servido algún tiempo en el Mediterráneo oriental. Se trataba de una sombría e inexpugnable fortaleza de hierro frente a la costa de Turquía, fuertemente defendida por, según se creía, una guarnición mixta de alemanes e italianos. Era una de las pocas islas del Egeo en las que los aliados no habían podido llevar a cabo una misión, y mucho menos recuperarla, en ningún momento de

la guerra. Se dio cuenta de que Torrance hablaba con un ritmo lento cargado de ira reprimida.

—Terrible, señor. Fue una pesadilla, un auténtico suicidio. —Guardó silencio y los observó malhumorado, con los labios apretados a través del humo de tabaco—. Pero nos gustaría volver —continuó—. A los muchachos y a mí. Hablábamos del tema de regreso a casa. —Mallory percibió un profundo murmullo de voces en el fondo, una especie de gruñido de aprobación—. Nos gustaría llevarnos al bromista que ideó esto y lanzarlo sin paracaídas desde una altura de tres mil metros sobre Navarone.

—¿Tan malo fue, Bill?

—Muy malo, señor. No tuvimos oportunidad. De verdad, no la tuvimos. En primer lugar, el clima no estuvo a nuestro favor. Los payasos de la Oficina Meteorológica estuvieron tan acertados como de costumbre.

—¿Dijeron que el cielo estaría despejado?

—Sí, cielo despejado. Pero estaba completamente nublado por encima del objetivo —dijo Torrance con resentimiento—. Tuvimos que descender a cuatrocientos metros. Pero eso no tiene importancia... Hubiéramos tenido que bajar más de todos modos, unos novecientos metros por debajo del nivel del mar, y luego ascender. Ese saliente del acantilado bloquea el objetivo por completo. También podríamos haber arrojado una lluvia de panfletos pidiéndoles que no utilizaran los malditos cañones. Además, tienen la mitad de los cañones antiaéreos del sur de Europa concentrados a lo largo de ese estrecho vector de 50 grados, que es la única manera de acercarse al objetivo o a cualquier lugar cercano a él. Russ y Conroy recibieron una buena paliza por el camino. Ni siquiera llegaron a la mitad del trayecto hacia el puerto. No tuvieron oportunidad.

—Lo sé, lo sé. —El capitán asintió con pesar—. Nos enteramos. La recepción radiotelegráfica era buena. ¿Y McIlveen amerizó justo al norte de Alejandría?

—Sí, pero se pondrá bien. La vieja carcaza todavía flotaba cuando pasamos por encima. El gran bote se encontraba fuera, y el mar estaba tranquilo como un estanque. Estará bien —repitió Torrance.

El capitán volvió a asentir. Jensen le tocó el brazo.

—¿Puedo hablar con el jefe de escuadrón?

—Por supuesto, capitán. No tiene que pedirlo.

—Gracias. —Jensen miró al corpulento australiano y esbozó una leve sonrisa—. Sólo una preguntita, jefe: ¿no tiene ganas de regresar allí?

—¡Por supuesto que no! —gruñó Torrance.

—¿Por qué?

—Porque no creo en el suicidio. No creo en sacrificar a hombres buenos por nada. Porque no soy Dios y no puedo hacer lo imposible. —En la voz de Torrance había una rotunda firmeza que transmitía convicción y no admitía discusiones.

—¿Dice que es imposible? —insistió Jensen—. Esto es de suma importancia.

—Al igual que mi vida y la de todos estos tontos. —Torrance hizo un gesto con el pulgar por encima del hombro—. Es imposible, señor. Al menos, lo es para nosotros. —Se llevó una mano cansada a la cara—. Tal vez un hidroavión Dornier con una de esas nuevas bombas planeadoras controladas por radio podría lograrlo. No lo sé. Pero sí sé que no podemos hacerlo con nada de lo que tenemos. No —añadió con amargura—, a menos que llene un Mosquito de TNT y ordene a uno de nosotros que lo lance en picado para que se estrelle a poco más de cien metros de altura

en la boca del cañón. De ese modo, tendríamos una posibilidad.

—Gracias, líder de escuadrón, y a todos ustedes. —Jensen se había puesto en pie—. Sé que lo han hecho lo mejor posible, nadie podría haber hecho más. Lo lamento. ¿Capitán de grupo?

—Estoy con ustedes, caballeros. —Hizo un gesto con la cabeza al oficial de inteligencia con gafas que había estado sentado detrás de ellos para que ocupara su lugar. Luego condujo a los hombres a través de una puerta lateral hasta sus habitaciones.

—Bueno, eso es todo, supongo —añadió. Rompió el precinto de una botella de Talisker y sacó unos vasos—. Tendrá que aceptarlo, Jensen. El escuadrón de Bill Torrance es el más antiguo y experimentado que queda en África. Solían bombardear el pozo petrolífero de Ploiești y pensaban que era divertido. Si alguien podía haber concluido el trabajo de esta noche, era Bill Torrance, y, si dice que es imposible, créame que no se puede hacer.

—Sí —respondió Jensen, mirando, sombrío, el líquido ámbar dorado del vaso que tenía en la mano—. Ahora lo sé. Casi que lo sabía antes, pero no estaba seguro y no podía correr el riesgo de equivocarme. Es una pena que haya tenido que morir una docena de hombres para darme la razón. Ahora sólo queda una opción.

—Sólo una —repitió el capitán. Levantó su vaso y sacudió la cabeza—. ¡Brindemos por Keros!

—¡Por Keros! —repitió Jensen con rostro serio.

—Estoy completamente perdido. ¿Podría alguien decirme...? —suplicó Mallory.

—Keros —interrumpió Jensen—. Ésa era su señal, jovencito. El mundo es un gran escenario, muchacho, y aquí es

donde entra en acción en esta pequeña comedia en particular. —La sonrisa de Jensen carecía de alegría—. Siento que se haya perdido los dos primeros actos, pero no permita que eso le quite el sueño. No va a tener un papel secundario; será la estrella, le guste o no. Es así: Keros. Acto 3, escena 1. Entra el capitán Keith Mallory.

★ ★ ★

Durante diez minutos, los dos permanecieron en silencio. Jensen conducía el gran vehículo de mando Humber con la misma seguridad y eficacia despreocupada que le caracterizaba en todo lo que hacía. Mallory seguía sentado, encorvado sobre el mapa que sostenía sobre sus rodillas, una carta a gran escala del Almirantazgo del mar Egeo meridional, iluminado por la tenue luz del tablero. Estudiaba una zona de las islas Espóradas y del Dodecaneso septentrional delimitada con grandes recuadros en lápiz rojo. Finalmente, se enderezó con un estremecimiento. Incluso en Egipto, las noches de finales de noviembre podían ser demasiado frías. Miró a Jensen y comentó:

—Creo que lo tengo, señor.

—Muy bien. —Jensen miró hacia delante, a lo largo de la serpenteante cinta gris de la polvorienta carretera, iluminada por el resplandor blanco de los faros que atravesaban la oscuridad del desierto. Los rayos de luz se elevaban y descendían, constantes, en un movimiento hipnótico, amortiguados por los saltos en el camino lleno de baches—. Muy bien —repetió—. Ahora vuelva a mirarlo e imagínese que está en la ciudad de Navarone, en esa bahía casi circular del norte de la isla. Dígame, ¿qué vería desde allí?

Mallory sonrió.

—No hace falta que mire de nuevo, señor. A unos seis kilómetros hacia el este, vería la costa turca curvándose hacia el norte y oeste en un punto casi al norte de Navarone. Un promontorio muy pronunciado, ya que línea costera se curva casi hacia el este. Luego, a unos veinticinco kilómetros, hacia el norte, está el cabo Demirci, ¿verdad? Y, prácticamente en línea con él, la isla de Keros. Por último, a nueve kilómetros al oeste, se encuentra la isla de Maidos, la primera del grupo de las Lérades, que se extiende unos ochenta kilómetros hacia el noroeste.

—Sesenta —afirmó Jensen—. Tiene buen ojo. Tiene agallas y experiencia. Un hombre no sobrevive dieciocho meses en Creta sin ambas cosas. Tiene una o dos cualificaciones especiales que mencionaré más tarde. —Hizo una pausa y sacudió despacio la cabeza—. Lo único que espero es que tenga suerte, toda la suerte del mundo. Dios sabe que la necesitará.

Mallory aguardó, expectante, pero Jensen se había sumido en una especie de reflexión interna. Pasaron tres minutos, quizá cinco, y nada más se oía el ruido de los neumáticos y el zumbido atenuado del potente motor. Poco después, Jensen se movió y volvió a hablar en voz baja, sin apartar los ojos de la carretera.

—Es sábado; mejor dicho, es domingo por la mañana. Hay mil doscientos hombres en la isla de Keros, mil doscientos soldados británicos que morirán, resultarán heridos o serán prisioneros dentro de una semana. La mayoría estarán muertos. —Por primera vez, miró a Mallory y sonrió, pero aquella ligera sonrisa de lado pronto desapareció—. ¿Qué se siente al tener mil vidas en sus manos, capitán?

Durante unos segundos que se hicieron eternos, Mallory observó el rostro impasible de su acompañante y luego

apartó la mirada. Se quedó mirando el gráfico. Mil doscientos hombres en Keros, mil doscientos hombres esperando la muerte. Keros y Navarone, Keros y Navarone. ¿Cómo era el poema, aquel verso que había aprendido hacía tantos años en aquel pueblecito en las tierras altas a las afueras de Queenstown? Chimborazo..., eso era. «Chimborazo y Cotopaxi, me han robado el corazón». Keros y Navarone tenían el mismo ritmo, el mismo encanto indefinible, la maravilla que tiene el amor cuando se apodera de un hombre. Keros y... Con rabia, sacudió la cabeza e intentó concentrarse. Aunque, poco a poco, las piezas del rompecabezas empezaban a encajar.

Jensen rompió el silencio.

—Recordará que, hace dieciocho meses, tras la caída de Grecia, los alemanes se habían apoderado de casi todas las islas Espóradas. Los italianos, por supuesto, ya tenían en su poder la mayor parte del Dodecaneso. Entonces, lentamente, empezamos a establecer misiones en estas islas, normalmente encabezadas por su gente, el Grupo de Desierto de Largo Alcance o el Servicio Especial de Embarcaciones. Para septiembre del año pasado, habíamos recuperado casi todas las islas más grandes, excepto Navarone, ya que era un hueso demasiado duro de roer, así que la pasamos por alto. Habíamos llevado guarniciones e incluso las reforzamos con un gran número de hombres —sonrió a Mallory—. En ese momento, usted estaba escondido en su cueva en algún lugar de las Montañas Blancas, pero ¿recuerda cómo reaccionaron los alemanes?

—¿Con violencia?

Jensen asintió.

—Exacto. Con mucha violencia, de hecho. Es imposible sobreestimar la importancia política de Turquía en

esa parte del mundo, y siempre ha sido una socia potencial tanto para el Eje como para los aliados. La mayoría de estas islas están a unos pocos kilómetros de la costa turca. Era de suma urgencia el asunto del prestigio, restaurar la confianza en Alemania.

—¿Y?

—Así que lanzaron de todo: paracaidistas, tropas aerotransportadas, brigadas de montaña, hordas de aviones Stukas... Me informaron de que despojaron al frente italiano de bombarderos en picado para estas operaciones. En fin, lo lanzaron todo... y mucho. En pocas semanas, perdimos a más de diez mil soldados y todas las islas que habíamos recuperado, excepto Keros.

—¿Y ahora es el turno de Keros?

—Así es. —Jensen agitó un par de cigarrillos y se sentó en silencio hasta que Mallory los encendió y arrojó la cerilla a través de la ventana hacia el pálido resplandor del Mediterráneo que se extendía al norte, bajo la carretera costera—. Sí, Keros está a punto de estallar. Nada de lo que hagamos puede salvarla. Los alemanes tienen superioridad aérea absoluta en el Egeo.

—Pero... Pero ¿cómo puede estar tan seguro de que será esta semana? —Jensen suspiró.

—Muchacho, Grecia está llena de agentes aliados. Tenemos más de doscientos sólo en el área de Atenas—El Pireo y...

—¡Doscientos! —Mallory lo interrumpió, incrédulo—. ¿Ha dicho...?

—Sí. Eso he dicho. —Jensen volvió a sonreír—. Le aseguro que no es nada comparado con las grandes hordas de espías que circulan libremente entre nuestros nobles anfitriones en El Cairo y Alejandría. —Volvió a ponerse serio de repen-

te—. De todos modos, nuestra información es precisa. Una flota de caiques zarpará de El Pireo el jueves al amanecer y navegará de isla en isla por las Cícladas, refugiándose en alguna de ellas por la noche —suspiró—. Una situación intrigante, ¿no cree? No podemos movernos por el Egeo de día o nos bombardearán. Los alemanes no se atreven a desplazarse durante la noche. Así que, al anoecer, montones de nuestros destructores, torpederos a motor y cañoneras se adentrarán en el Egeo. Luego, los destructores se retirarán al sur, antes del amanecer. Por lo general, las pequeñas embarcaciones se refugian en calas aisladas. Sin embargo, no podemos impedir que crucen. Cuando lleguen, el sábado o el domingo, sincronizarán su desembarco con el primer grupo de tropas aerotransportadas. Tienen decenas de aviones Junkers 52 esperando justo fuera de Atenas. Keros no durará ni un par de días. —Nadie podría haber dudado de sus palabras al escuchar su tono despreocupado, cargado de una inusual frialdad.

Mallory le creyó. Durante casi un minuto, se quedó mirando el brillo del mar; el extraño trazado mágico de las estrellas que relucían sobre su serena y oscura superficie. De repente, se volvió hacia Jensen.

—Pero la Marina, señor... Una evacuación. Seguro que la Marina...

—La Marina —interrumpió Jensen con dureza— no está interesada. La Marina está harta del Mediterráneo oriental y del Egeo; harta de asomar el pescuezo y de que se lo corten, y todo para nada. Hemos perdido dos acorazados, ocho cruceros fuera de servicio, cuatro de ellos hundidos, y más de una docena de destructores. Ni siquiera podría contar el número de embarcaciones pequeñas que hemos perdido. ¿Y para qué? Ya se lo he dicho: ¡para nada! Sólo